

UNA NOVELA DESCONOCIDA DE CASTILLO PUCHE

P O R
ANTONIO CRESPO

En la bibliografía de J. L. Castillo Puche existe una novela corta prácticamente desconocida. Se llama *Bienaventurados los que sueñan* y fue publicada en forma de folletón en el diario *La Verdad*, de Murcia, en 1943 (1). Por aquel entonces, el escritor yeclano, de 24 años, colaboraba con cierta frecuencia en la prensa murciana, pero todavía estaban lejos sus comienzos como novelista, ya que *Misión a Estambul* no aparece hasta 1954.

Bienaventurados los que sueñan es una novela de creación juvenil, de tono lírico y sentimental, con la lógica falta de oficio de quien todavía no había madurado como escritor. También, con las naturales influencias de nombres famosos; concretamente, es muy perceptible la de Gabriel Miró, y también, en algunos detalles, la de Azorín. La vinculación del primero con Orihuela —donde se desarrolla esta obra— y del segundo con la Yecla natal de Castillo Puche justifican sobradamente estas huellas literarias. El autor también leyó, sin duda, *Otoño en la ciudad*, del murciano José Ballester, en donde se recogen ecos mironianos y azorinianos. Ballester era precisamente director de *La Verdad*, en cuyas páginas se publicó la novela que comentamos.

Esta aparece dividida en cinco capítulos o estancias, que se titulan «Doña Luisa o la felicidad», «Doble misterio en Elche». «¿Quién es él?», «Anuncio de boda y duelo de sangre» y «Lo imprevisto y lo trágico como prelude de lo dulce».



La protagonista, Adela, es una muchacha huérfana que se traslada desde Murcia a Orihuela, para vivir con sus tíos doña Luisa y el canónigo don Diego. Llega en una tartana, con «todo el júbilo de sus cascabeles», en contraste con su apariencia abatida, «toda de negro, pálida, triste, como una enferma». Habitan «una casa señorial, húmeda de río y cargada de viejas leyendas», en la que murió un obispo misionero en olor de santidad y se suicidó un caballero famoso. Pasan siete años, en los que la jovencita, «huidiza y medrosa» al principio, se transforma en «una vara de nardos, afanosa de un estío de amor». Adela toca el piano, pinta y modela, y muchos ratos lee vidas de santos a su tía, que es ciega, «con su voz de plata litúrgica, como campanilla del Corpus». Casi todas las tardes van al convento de la Visitación, donde doña Luisa tiene a su única hija, sor Fuensanta, como organista. Y se deleitan escuchando el coro, con las letrillas de las monjas, que son «tiernas y encendidas como chispas de un brasero celestial». En este ambiente recoleto y místico surge, sin embargo, el amor humano. Adela descubre a un joven, Joaquín, que la ronda. Un día, él le habla fugazmente: le anuncia que visitará a su tío el canónigo para manifestarle su cariño hacia ella. En otra ocasión, cuando doña Luisa y Adela pasean, se empareja con ésta en silencio. La ciega lo nota pero calla.

Se acercan las fiestas de Elche. Doña Luisa quiere ir para escuchar el *Misterio*. Adela la acompaña, renunciando a una cita con su enamorado. Con ellas viajan otra señora, doña Engracia, y su hijo Manolo, que también se siente atraído por Adela. Durante la representación litúrgica la joven se sorprende profundamente porque cree descubrir a Joaquín en el personaje del Ángel. Al regreso a Orihuela se aclara el enigma: el intérprete del *Misterio* era Carlos, hermano gemelo de su galán.

Adela y doña Luisa pasean hasta la estación, donde se les une Joaquín, que ya es oficialmente su novio. En el tren llega Carlos, al que la joven saluda por primera vez. Son físicamente iguales ambos hermanos, pero muy diferentes en carácter: Joaquín, serio, prudente; Carlos, alegre, expansivo.

Se anuncia la boda. Las monjas preparan para Adela un abundante ajuar bordado y doña Luisa le regala el suyo propio. Joaquín está en Sevilla, en una plaza recién ganada de registrador de la propiedad. Es julio de 1936 y hay un ambiente denso, con temor a muertes y revolución. Estalla la guerra. El canónigo tiene que huir. Las monjas se refugian en viviendas de familiares y amigos. La abadesa y sor Fuensanta se ocultan en casa de doña Luisa, que muere poco después. Carlos, apresado por los republicanos, sufre encarcelamiento en el edificio del Seminario. Escribe



a Adela, a la que ama, y ella va a visitarlo, atraída por su cariño, al que en cierto modo corresponde.

Joaquín «se pasa» al bando republicano para volver a Orihuela y reunirse con Adela. Cuando llega, ella está visitando al preso. Decepcionado y celoso, le deja una carta y se marcha. Cuando van a trasladar a los presos a otro lugar, Adela, fiel a su compromiso, dice a Carlos que sólo lo aceptaría como esposo si Joaquín no regresara. Termina la guerra. Carlos, que ha sobrevivido, persigue a un cabecilla republicano y en esta acción encuentra la muerte. Transcurre el tiempo y Joaquín no da señales de vida. La muchacha piensa que es su castigo por haber amado a los dos.

Este es, en síntesis, el argumento. Con demasiadas peripecias, como puede apreciarse, para una novela corta. Los tres primeros capítulos son mejores. Hay más reposo en la acción, más adentramiento en la psicología de los personajes y mayores aciertos descriptivos. En los dos últimos suceden excesivos acontecimientos. Da la impresión de que Castillo Puche se vio precisado a resumir en pocos folios una historia que indudablemente daba pie para una narración mucho más extensa.

Sin embargo, la obra deja entrever las cualidades literarias de quien, años después, había de ser un escritor importante. La prosa es, muchas veces, rica y sensorial. Así, cuando Adela pasea con su tía, leemos: «Todo el oro de aquella tarde de verano ha caído en la frente de Adela en una escarcha de divinas bellezas. Las nubes transfiguran las palmeras en ángeles. La ilusión se suelta de las campanas y rueda por la bóveda celeste, disfrazada de palomas. Revienta el azahar de los naranjos». O este otro ejemplo, cuando la joven espera una carta de su enamorado: «Amanece un día tan remiso como si estuviera hecho de algodón. Nubes blancas como si el cielo fuera un perfecto fanal empañado en el vaho de los ángeles». Obsérvese la repetición del tema angélico, tan grato a Miró, al margen del episodio de Elche, donde Adela se siente atraída por la celestial figura.

Son muy bellas también algunas comparaciones: las monjas huyen, al estallar la guerra, «despavoridas y asustadas, como un palomar en las sacudidas del plomo estruendoso de las pólvoras». En otro lugar, el cabello dorado de Adela «parece una bandera de esperanzas», y en un momento de llanto contenido, sus lágrimas son «fugitivas, resbaladizas, como pececillos de río».

Junto a la exuberancia y el estallido de colores y aromas, también hay un regusto azoriniano en diversas descripciones de estados de ánimo. En la segunda estancia, por ejemplo, se percibe una clara referencia al



autor de *La voluntad*, cuando la protagonista tiene noticias de su novio. Véase: «Al cabo de tres días, Adela ha recibido una carta. Ansiedad. ¿Va a reír o va a llorar? No se sabe. ¿Qué dice la carta? No lo sabemos. Quizá podamos adivinar algo mirándole a los ojos». En este mismo capítulo vuelve la sombra de Azorín, en otro párrafo, lleno de elipsis verbales: «Visita a un convento. Pasteles de crema. Risas de las novicias, ruido de medallas y rosarios. Suspiros. La parte interior de la reja está casi a oscuras».

Otra referencia azoriniana está en la colocación de tres epítetos seguidos, detrás del sustantivo, en asíndeton. He aquí algunos casos:

- Adela es «de una hermosura *frágil, tierna, delicada*».
- «Aparece un ángel *hermoso, transfigurado, celestial*».
- «Es un camino *frondoso, ameno, perfumado*».
- «Toda su vida es un silogismo *serio, prudente, hecho*».

Evidentemente, *Bienaventurados los que sueñan* no aporta nada a la espléndida trayectoria novelística de Castillo Puche. El propio autor no la menciona nunca ni se le ha ocurrido editarla en libro. La considera, sin duda, un fruto muy incipiente. No obstante, descubre riqueza de expresión y facilidad narradora; es novela, además, muy levantina, con mucha luz, mucho colorido y unas implicaciones religiosas y patrióticas muy propias de la postguerra española. Quienes la leyeran en su momento pensarían que era obra de un prometedor novelista. El tiempo, obviamente, ha superado ese posible pronóstico.

